



DOMINIQUE REY

La adoración en el corazón del mundo



COLECCION FONTS VITAE

LA ADORACIÓN EN EL CORAZÓN DEL MUNDO

Primera edición: 2022

© 2020 ÉDITIONS DES BÉATITUDES, S.O.C., *Dominique Rey*
Título original: *L'adoration au coeur du monde*.

Traducción castellana de *Jorge Soley Climent*.

© 2022 EDICIONES COR IESU, hhnssc

Plaza San Andrés, 5

45002 - Toledo

www.edicionescoriesu.es

info@edicionescoriesu.es

ISBN (papel): 978-84-18467-21-9

ISBN (ebook): 978-84-18467-14-1

Depósito legal: TO 197-2022

Imprime: Ulzama Digital. Huarte (Navarra).

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, total o parcial, de esta obra sin contar con autorización escrita de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

DOMINIQUE REY

LA ADORACIÓN EN EL
CORAZÓN DEL MUNDO

EDICIONES
COR
IESU

INTRODUCCIÓN

A principios del año 2020, el Papa Francisco nos invitó a entrar en el misterio de la adoración de la fiesta de la Epifanía con estas palabras:

Hoy cada uno de nosotros puede preguntarse: «¿Soy un cristiano adorador?» Muchos cristianos que rezan no saben cómo adorar. Hagámonos esta pregunta. Busquemos tiempo para la adoración a lo largo de nuestros días y creemos espacios para la adoración en nuestras comunidades¹.

Así pues, este libro pretende ser una respuesta a la llamada del Santo Padre y un estímulo para todos los cristianos.

La Eucaristía es, en su origen, una comida de acción de gracias («eucaristía» en griego significa «dar gracias»), como se hacía siguiendo los ritos judíos de bendición. La Última Cena de Jesús es una comida de despedida. Jesús anticipa su muerte, transformándola en un acto de amor: *Mi vida nadie me la quita, sino que yo la doy libremente* (Jn 10,18).

Quando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y « se realiza la obra de nuestra redención». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes².

La Eucaristía no es solamente un recuerdo de la persona de Jesús. En ella continúa entregándose a nosotros, no de forma simbólica, sino real y sustancialmente, lo que debería hacer que «seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo» (Juan Pablo II en *Mane nobiscum Domine*, 16). Esta presencia real de Jesús perdura mientras subsisten las especies eucarísticas. Debido a esto, la adoración del Santísimo Sacramento constituye un encuentro personal, un cara a cara entre Dios y el hombre. Dios no da cualquier cosa, se da a sí mismo.

Observemos que toda la creación está presente en ese pequeño trozo de pan: la tierra donde se sembró el grano de trigo; el fuego, el sol para hacer crecer el trigo y la llama para cocer el pan; el aire que permite a la planta crecer; el agua necesaria para el crecimiento del trigo y el agua mezclada con la harina para hacer el pan. La Hostia, «síntesis de la creación» (Benedicto XVI), ofrecida en la misa está investida de la presencia del Señor. Si nuestros

ojos de carne ven un trozo de pan, nuestros ojos de la fe saben que ese «trozo de pan» es Dios realmente presente entre nosotros.

La adoración no puede ser considerada independientemente de la Misa. Es su prolongación y el primer fruto de la adoración será alimentar el hambre de comulgar. Como escribió San Agustín en el siglo IV: «nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit; [...] peccemus non adorando – Nadie come de esta carne sin antes adorarla [...], pecaríamos si no la adoráramos»³. Así, la adoración nos dispone a *discernir el Cuerpo* (1 Cor 11, 29), es decir, a reconocer la presencia real del Señor mismo bajo las apariencias del pan y el vino. La adoración intensifica los frutos de la Eucaristía: la unión con Dios y la unidad entre los hermanos al prolongar el tiempo de la comunión. La adoración aumenta la comunión en el seno de la Iglesia, entre todos aquellos que se turnan ante el Santísimo Sacramento expuesto y se unen a Jesús-Eucaristía para entrar en *los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús* (Flp 2,5), especialmente en la hora de su Pasión, cuando dio su vida por la salvación del mundo.

Tomarse tiempo para adorar, para nutrirse como un sarmiento que quiere estar siempre unido a la viña del Señor para dar numerosos frutos. Ésta es la primera gracia que Dios quiere darnos: *santificarnos en el tiempo*.

Tomarse tiempo para adorar nos santifica con un segundo aspecto de la gracia, de la adoración que es la *virtud del silencio*. Al adorar en silencio, el cristiano reconoce la grandeza de Dios y al mismo tiempo acoge su amor redentor al que Cristo lo asocia. «Si el hombre no adora a Dios, se ve abocado a adorarse a sí mismo... con el riesgo de servirse de Dios sin servir a Dios», decía también el Papa Francisco⁴. Y añadía:

Cuando adoramos, nos damos cuenta de que la fe no se reduce a un conjunto de doctrinas, sino que está en relación con una persona viva, que podemos amar. Es estando cara a cara con Jesús como conocemos su rostro. Adorando, descubrimos que la vida cristiana es una historia de amor con Dios.

En el silencio de la adoración contemplamos a Jesús-Hostia. Algunas personas a veces se quedan mucho tiempo ante una obra de arte que les parece hermosa; nosotros también nos quedamos a veces durante horas contemplando esa Hostia, pero no de la misma manera ni por las mismas razones. La expresión «belleza de la Hostia» constituye pues un tercer aspecto de la gracia de la adoración.

En un mundo que parece que ha perdido el norte, donde todo es cada vez más rápido y espontáneo, el «príncipe de este mundo» trata de desanimarnos para perdernos. «No os dejéis robar la esperanza», nos decía también el Santo Padre. Es una vez más al contemplar el Santísimo Sacramento expuesto que Dios, a través de su Eucaristía, nos hace constantemente crecer en la esperanza.

La presente obra reúne las conferencias sobre los cuatro temas mencionados (el tiempo, el silencio, la belleza de la Hostia y la esperanza vinculada a la adoración) dadas en el marco del Congreso Adoratio, iniciativa de los Misioneros de la Santísima Eucaristía. Las reflexiones que aquí se proponen son una continuación de un primer libro, *De l'adoration à l'évangélisation* (Éditions des Béatitudes, 2013).

1. Papa Francisco, *Homilía para la Fiesta de la Epifanía del 6 de enero de 2020*.

2. San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 11.

3. San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 98,9.

4. Papa Francisco, *Homilía para la Fiesta de la Epifanía del 6 de enero de 2020*.

I. EL SILENCIO EUCARÍSTICO

Nuestro mundo contemporáneo está saturado de ruido. Los coches, el ajetreo constante, los espacios de trabajo compartidos, la cacofonía de las ciudades: no podemos escapar de todo esto. El ruido está en todas partes, incluso en el hogar, donde los teléfonos móviles suenan continuamente y es casi imposible aislarse del ruido ambiental. Ya no podemos dialogar, pues todo el mundo habla más alto y tenemos que forzar nuestras voces para hacernos oír. Bombardeados por los ruidos que nos llegan del exterior, nos saturamos también de ruidos interiores. Cuando estamos a solas con nosotros mismos huimos del vacío del silencio, que llenamos inmediatamente con música, redes sociales y noticias. El doble silencio de la adoración nos parece entonces a menudo árido y vacío.

Este doble silencio es, en primer lugar, el silencio de Dios, que ya no entendemos. Palabra viva y eterna, Dios se hace sin embargo silencio al encarnarse en un niño. Permanece silencioso en Nazaret durante treinta años. Calla ante sus acusadores, en la Cruz y en el sepulcro. Y en la Hostia sigue guardando silencio. ¿Cómo entender este silencio divino? ¿Es un vacío frío? ¿No está lleno de un significado que debemos descubrir?

Nos cuesta entender el silencio de Dios, porque nosotros mismos ya no sabemos estar en silencio. La ausencia permanente de silencio tiene consecuencias para nuestra salud física, desde la simple fatiga e irritabilidad hasta las migrañas, pero también para nuestra salud espiritual. El hombre necesita el silencio para descansar, para escuchar, para hablar por turnos, para volver sobre sí mismo, para pensar, para leer, para admirar una obra de arte. En otras palabras, necesitamos el silencio para descubrir y desplegar nuestra vida interior. La oración es impensable sin el silencio, que es como una puerta a la vida espiritual. Este silencio, sin embargo, nos asusta. Nos pone frente a nosotros mismos, a nuestra soledad, a nuestro recogimiento. Rápidamente nos vemos tentados de llenarnos de un ruido interior que cierra la puerta a nuestra propia interioridad. Para abrirnos a Dios, palabra hecha de silencio, ¿cómo ponernos nosotros, por nuestra parte, en silencio?

El silencio humano responde al silencio divino. ¿De qué manera el silencio, cuando estamos frente a la Hostia, significa concretamente nuestra adoración? Lejos de estar vacío, parece contener nuestra pobreza ante nuestro Creador, pero también nuestro amor y nuestra propia ofrenda de nosotros mismos.

1. EL SILENCIO DIVINO

Algunos se alejan de Dios a causa de su aparente silencio («¡No hay noticias de Dios!», exclamaba Léon Bloy), olvidando que es, por el contrario, su refugio. El silencio es el hábito de Dios, su manera, su presencia de incógnito que deja espacio a la libertad del hombre.

Dios del silencio

Toda la tradición bíblica y patrística nos revela que sólo se puede encontrar a Dios en el silencio. Privado de silencio, el hombre se priva de Dios. El silencio expresa a Dios. Es un signo tangible de lo sagrado. Santa Teresa de Calcuta decía: «Dios está en la noche del silencio... los árboles, las flores y la hierba crecen en silencio. Mira las estrellas, la luna y el sol mientras se mueven en silencio». Dios trabaja y actúa en silencio.

Tertuliano remarcaba –nos dice el Padre Cantalamessa en *Esto es mi cuerpo*–, que en la forma de actuar de Dios, nada confunde tanto a la mente humana como la desproporción entre la simplicidad de los medios y la grandeza de los efectos obtenidos. Es exactamente lo contrario de lo que observamos en las obras humanas.

Estamos acostumbrados a que cuanto más grande sea la acción, más se hace con ruido y esplendor y más se habla de ello. Dios, en cambio, actúa la mayor parte del tiempo en silencio. Produce grandes efectos, pero en y a partir del silencio. «Las grandes cosas se realizan en el silencio y la claridad de la mirada interior» (Romano Guardini). ¡Pensemos en el silencio del que surge la creación! Es el silencio del Padre que sólo se puede encontrar más allá de toda palabra. «No eres tú quien cuida el silencio, es el silencio el que te cuida» (Bernanos, *Diálogo de Carmelitas*). El Padre también nos espera en el silencio de la plenitud de los tiempos que evoca el Apocalipsis: *Cuando el Cordero victorioso abrió el séptimo sello, se hizo un silencio en el cielo* (Ap 8,1).

Desde el origen, salimos del silencio infinito del Padre y llegamos al silencio eterno del Padre al final de los tiempos. Esta discreción silenciosa

del actuar divino aparece particularmente en la Encarnación de Jesús, así como en la Eucaristía, donde Dios se acerca a nosotros a través de su silencio.

Dios, Palabra viva y eterna

En este silencio divino, el Padre engendra, sin embargo, una Palabra viva, su Hijo. El silencio del Padre no oculta, revela. Del silencio del Padre viene el Verbo, nos dice San Pablo: *Jesucristo, revelación del misterio oculto por los siglos eternos, pero ahora manifestado a través de las Escrituras proféticas conforme al designio del Dios eterno* (Rom 16,25). Jesucristo es el Verbo surgido del silencio de Dios. Ese Verbo que se hizo carne (Jn 1,14) para comunicarnos las palabras del Padre, como lo manifiesta el propio Jesús en su oración a su Padre celestial: *«porque las palabras que me diste se las he dado, y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que yo salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste»* (Jn 17,8).

El pueblo de Israel vivió esta experiencia; se encontró con un Dios que habla. Los judíos comparaban con orgullo la grandeza de su Dios con la nada de los dioses mudos de las otras naciones. El silencio de Dios constituía para ellos el mayor castigo que se les podía infligir. Entonces, ¿cómo se puede articular el silencio de un Dios indecible y que se calla, con la acogida de la palabra de Dios que contiene la promesa de salvación? Esta aparente contradicción se resuelve en Cristo. En efecto, la palabra de Dios es una persona: Jesucristo. Este es el misterio esencial de las Personas de la Trinidad. Dios Padre se conoce a sí mismo, se piensa a sí mismo, se dice a sí mismo en un Verbo interior. El Verbo, similitud perfecta de sí mismo, es una persona divina, de la misma naturaleza pero sobre todo de la misma sustancia que Él. El Padre engendra a su Hijo desde toda la eternidad. Así, Dios no sólo habla, sino que en su Hijo se hace Palabra. No dice más que una sola palabra: Él mismo.

El Verbo que espera una respuesta del hombre

En sus *Máximas*, San Juan de la Cruz escribe: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma»⁵. Para escuchar esta Palabra en nuestra alma se requiere el silencio como disposición interior y exterior de escucha. La Biblia invita a

menudo al hombre a ese silencio de escucha ante Dios. Así el siervo de Abraham discierne en silencio si Rebeca es realmente la esposa destinada a Isaac: *El hombre la miraba en silencio, hasta saber si el Señor había dado éxito a su viaje o no* (Gn 24,21). El pequeño Samuel, despertado por tres veces, declara: *Habla Señor, que tu siervo escucha* (1Sam 3,10). A la propuesta de Dios: *Pide qué quieres que te dé*, Salomón responde: *Concede a tu siervo un corazón dócil para juzgar a tu pueblo y para saber discernir entre el bien y el mal* (1Reyes 3,9). Un corazón que escucha, porque en efecto nosotros no conocemos a Jesús como los apóstoles lo conocieron en su humanidad: nuestros oídos no lo oyen hablar. La Palabra de Dios es un Verbo interior. Y la adoración eucarística constituye un momento privilegiado para escuchar al Verbo en el silencio de nuestra alma, ya que Él está real y silenciosamente presente en la Hostia.

Cristo, el amén del Padre, es la única Palabra que da sentido y finalidad a la salvación. Después de Cristo, no puede haber más palabra salvadora que la que Él nos dice por su sola presencia. Cristo es una palabra definitiva e irrevocablemente pronunciada que, en el espacio de silencio que sigue a su palabra, provoca e invita al hombre a una respuesta positiva o negativa; a tomar posición ante Dios. El Cristo silencioso en la Hostia es, en definitiva, una proposición de salvación que espera nuestro sí. Al amén de Dios debe seguir el amén del creyente. Y esto se expresa, a partir de nuestro propio silencio, con nuestra entrada en el silencio de Jesús. Así, el silencio es el tejido con el que está confeccionada nuestra vida cristiana. El silencio se convierte en un rito, una mistagogia del misterio divino que se cubre de un silencio infinito a fin de proteger a Dios de toda idolatría y esperar nuestra adhesión.

Detengámonos ahora con más detalle en el silencio del Verbo, Jesucristo, pues es Él quien está realmente presente en el sagrario y en la custodia durante la adoración.

El silencio de la Encarnación

Bérulle subraya los tres nacimientos: el del Verbo en el silencio de la eternidad, el de Jesús en el tiempo, en Belén, y el de Cristo en el alma fiel. El nacimiento de Jesús tuvo lugar en el humilde silencio del pesebre. *Cuando un sereno silencio lo envolvía todo y la noche estaba a la mitad de su curso, se*